



Unión Europea. Jubilaciones: a la burguesía europea no le gusta el reparto. Michel Husson

Las “reformas” de las jubilaciones llevadas a cabo en diferentes lugares de Europa –contra las que los trabajadores se han movilizadado en Austria y Francia– obedecen a un programa de conjunto de las burguesías europeas, incluso mundiales. Recordemos la cumbre de Barcelona en la primavera de 2002, donde todos los jefes de Estado de la Unión Europea, se habían puesto de acuerdo en el objetivo de un retroceso de cinco años de la edad de comienzo efectivo de la jubilación. Entre ellos, Chirac (ya presidente) y Jospin (aún primer ministro), tomaban juntos un compromiso perfectamente contradictorio con sus programas de candidatos a la elección presidencial. Al lado, y por encima de la Unión Europea, está también el Banco Mundial que acaba de publicar un informe titulado *Pensión Reform in Europe: Process and Progress* y que se puede considerar como un modo de empleo de las “reformas” en curso.

En todos los países, estos proyectos invocan dos justificaciones: demográfica (“va a haber tantos jubilados que no se podrán pagar las jubilaciones”) y económicas (“no se pueden seguir aumentando las deducciones sociales”). En todas partes, las “reformas” intentan bajar en un primer momento, luego congelar a medio plazo, el sistema por reparto; simultáneamente, intentan desarrollar los fondos de pensiones. Más allá de las diferencias existentes de un país a otro, no podemos sino sorprendernos por el carácter muy coordinado de la ofensiva. Los principios de esta verdadera guerra contra el reparto han sido expuestos en diferentes documentos oficiales. La estrategia distingue dos tipos de reformas: las reformas “paramétricas” y las reformas “paradigmáticas”. En este último caso, se pasaría brutalmente del reparto a los fondos de pensiones. Las fuertes resistencias justifican el recurso a reformas “paramétricas” que conservan formalmente el sistema, a la vez que le vacían poco a poco de su contenido. Los mismo procedimientos se encuentran un poco en todas partes: endurecimiento de las reglas de indexación, ajuste del nivel de las jubilaciones en función de la esperanza de vida (como en Italia o en Suecia), o también retroceso de la edad de jubilación.

Adornos. Este último método es particularmente cínico, pues se adorna con las virtudes de la razón (“puesto que vivimos más tiempo, tenemos que trabajar más tiempo”). En realidad, teniendo en cuenta el estado del mercado de trabajo y el desgaste de los asalariados sometidos a la intensificación del trabajo, se sabe que irán poco más o menos a la misma edad, pero con una jubilación disminuida. Además, estos mecanismos no pueden sino amplificar las desigualdades registradas durante la vida activa, y golpear particularmente a las mujeres y la gente que trabaja en precario.

A medio plazo, el objetivo es la capitalización al 100%, dicho de otra forma, la destrucción de toda garantía colectiva. Basta sin embargo mirar lo que ocurre en los países en los que los fondos de pensiones están más desarrollados para medir los riesgos de una tal orientación. Recordamos la quiebra de Enron, que privó a sus asalariados, no solo del empleo sino de derechos de pensión, evaporados al mismo tiempo que la acción de la firma estadounidense, perla de la “nueva economía”. Pero el *crash* bursátil rampante que se ha instalado desde hace dos años ha adelgazado los fondos de pensiones y obliga ya a numerosos asalariados a retrasar su edad de jubilación, o a soportar una verdadera devaluación de las pensiones. Si se añade a este riesgo permanente las desigualdades que aumentan entre quienes pueden ahorrar para su jubilación y quienes no pueden hacerlo, tenemos muchos motivos para combatir estas “reformas”.

La saña burguesa es fácil de expresar. Para la industria de la finanza, es evidente que el desarrollo de los fondos de pensiones amplía sus perspectivas de ganancia. El aflujo regular de nuevos ahorradores responde a la necesidad de sostener los cursos en bolsa suscitando una demanda suplementaria de títulos. Es por otra parte una verdadera huida hacia delante, pues la caída será aún más dura, cuando la demografía venga a invertir la relación entre asalariados que se jubilan –que venden sus títulos- y los activos que los compran vía los fondos de pensiones. Va de sí que el bloqueo de los regímenes por reparto está en perfecta adecuación con la voluntad neoliberal de reducir al máximo los presupuestos sociales. Las cosas van más lejos aún, y todas las políticas neoliberales intentan ni más ni menos que bajar fuertemente el precio de la fuerza de trabajo recortando todo lo que se pueda el salario socializado.

En este debate sobre las jubilaciones, se ve también asomar uno de los grandes temores de la burguesía: que la evolución de la demografía cree tal penuria de activos que se llegue a un relativo pleno-empleo que restablecería una mejor correlación de fuerzas a favor de los asalariados. Es por lo que la “Estrategia europea para el empleo” no se fija ningún objetivo cifrado sobre las tasas de paro sino que apunta al contrario a aumentar las tasas de empleo. Se trata de crear muchos empleos, precarios y mal pagados evidentemente, a fin de reproducir lo que Marx llamaba “ejército industrial de reserva”. El cambio de posición de la patronal sobre la inmigración no se explica de otra forma. Las “reformas” burguesas de las jubilaciones ganan pues de todas formas. Si los asalariados quieren, y pueden, trabajar más tiempo, eso mantiene la presión ejercida por el paro, principalmente sobre los jóvenes; si se jubilan a la misma edad que antes de la “reforma”, deben contentarse con una pensión disminuida, y el valor de la fuerza de trabajo baja otro tanto por ello. En total, las “reformas” de las jubilaciones, bajo pretexto de ajuste técnico a evoluciones demográficas ineluctables, representan de hecho una ofensiva sin precedente contra el estatuto del asalariado /1.

1/ Para saber más: ver el portal “Vive le reparti!”, <http://reparti.free.fr>, principalmente los artículos de Antoine Math y Catherine Sauviat.